

Ciencia, Tecnología y Salud

ISSN: 2410-6356 (impreso) / 2409-3459 (electrónico)

Vol. 9 Num. 1 ene/jun 2022

Editorial / Editorial

Ciencia, economía y democracia

Fue en la antigua Grecia donde el fundador de filosofía de la ciencia, Aristóteles, sistematizó la lógica formal, y con ello sentó las bases del pensamiento racional, para luego dar lugar a uno de los más valiosos patrimonios de la humanidad: la ciencia. Así pues, el aporte de Aristóteles visibilizó la característica más sobresaliente del *Homo sapiens*; la razón.

Paralelamente, otro notable filósofo griego, Platón, ideó un sistema político de administración del Estado, con ello estableció los principios de la democracia, sistema político que, a través de la historia, ha demostrado ser la mejor forma de convivencia social.

Es evidente que la ciencia y la democracia, no solo son contemporáneas, coterráneas y sincrónicas, sino que, además, ambos ámbitos filosóficos racionales son complementarios, se asocian y se correlacionan. Estas condiciones del saber humano aplicadas a la dinámica sociopolítica, fortalecen la economía sana del desarrollo sostenible. De esa cuenta, la lógica científica aplicada a la cooperación social, conduce a una mejor calidad de vida. En consecuencia, a más ciencia, más democracia y mayor desarrollo humano.

Investigar con el método científico es ir tras la verdad, y considerando que la lógica es la herramienta principal de la ciencia, las naciones que tienen una mayor proporción de científicos, también disponen de más verdad, temporal, por supuesto. Y ese conocimiento racional que pone a disposición social una mayor proporción de verdad, contribuirá a tomar las mejores decisiones políticas para alcanzar el bienestar común. Las estadísticas de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco por sus siglas en inglés), fortalecen estos argumentos.

La ciencia aplicada, conocida como tecnología, fortalece las finanzas de las naciones. A este rubro financiero se le denomina “economía del conocimiento”. Lo anterior se evidencia en el desarrollo equilibrado de los países que más invierten en investigación científica e innovación tecnológica. Entre ciencia y economía existen indicadores que asocian el monto invertido en ciencia aplicada y el número de inventos tecnológicos exportados. Esto se contabiliza en productos monetarios favorables para el país exportador de conocimiento. Entonces, el cultivo de la ciencia mueve hacia arriba la “economía del conocimiento”, lo cual indica que el saber es la punta de lanza de las economías terciarias. Es oportuno diferenciar aquí la dinámica de la ciencia pública y el propósito de la ciencia privada, las dos son importantes, pero dado el impacto social de ambas concepciones del saber, es recomendable un balance en la inversión financiera para ambos perfiles de la ciencia.

La ciencia también es instrumento de poder geopolítico. Por eso mismo conviene cultivarla. Con el saber se es libre, y con la ignorancia se es dependiente tecnológico. Así de claro, lo muestra la historia. El que sabe puede, manda, decide, se salva, ayuda, previene, y en algunos momentos controla recursos naturales, y no precisamente en favor de los que no hacen ciencia.

La distribución oportuna de las vacunas contra el Covid-19, pusieron en evidencia el poder de la ciencia. Así pues, cultivar el pensamiento racional es cultivar la lógica aristotélica, es hacer ciencia, se obtiene poder y acarrea ganancias. La ciencia privada y la innovación tecnológica, siempre han sido, son, y muy probablemente sigan siendo durante mucho tiempo, un buen negocio y una importante ventaja para las empresas y para los países. La ciencia pública fortalece la democracia, favorece la economía sostenible y contribuye al bienestar humano.

Augusto S. Guerra Gutiérrez,
Coeditor de CTS (2014-2022)